



LEJOS DE LOS CAMINOS, UN NUEVO MUNDO DE TAMBOS, SANTUARIOS Y COLLCAS. LAGUNA BLANCA, CATAMARCA

Daniel D. Delfino* y M. Gustavo Pisani**

Introducción

El avance incaico en Laguna Blanca es presentado como un *adentrarse en un mundo*. En este sentido poner por delante la cuestión sobre si estuvo o no habitado, puede restarle preeminencia al aserto de que a su llegada se encontraron de hecho frente a una pluralidad de existencias que condicionaron sus posibilidades de acción. Así, los sentidos por ellos proyectados no se inscribieron en un vacío, sino que se entrecruzaron con los trazos de un paisaje densamente construido y modelado por arquitecturas de producción de gran visibilidad volumétrica (Delfino 2005; Delfino *et al.* 2007, 2009; Díaz 2009). En la región, durante el primer milenio se había ido configurando un *modo de vida comunitario agrocentrico*¹, que desde las consecuencias de esa particular *racionalidad* no sólo favoreció la estabilidad y continuidad humana, sino que de hecho pudo reaccionar sobre lo inca durante los actos de apropiación de las estructuras de producción existentes.

Retomando la cuestión sobre si hubo una comunidad local al momento del contacto, surgen aquí las preguntas de rigor: ¿cuán armónicas habrían sido las relaciones con ella?, y también, pensando en una afirmación pública del *orden cosmogónico* del imperio ¿la habría subsumido sin más, negando el pasado de la comunidad, ó habría tenido lugar una *rebelión ideológica* al amparo de la domesticidad a través de las cosas, de las costumbres, del habla misma? Estas y otras preguntas, son las que nos salen al encuentro al tratar con la cuestión inca, y aunque por lo pronto no podemos ir mucho más lejos en su planteo, esto ya de por sí sitúa nuestro preguntar en un más allá de lo inca *en sí*. En este sentido, el objetivo de esta comunicación es la de presentar las evidencias arqueológicas que darían cuenta de los indicios de la presencia de lo inca y con ellas ensayar una serie de interrogantes a partir de los cuales discutir el mundo local².

Cuestiones en torno a la presencia inca en Laguna Blanca

Como decíamos, puede que a la llegada de los incas a Laguna Blanca -quizá durante los tiempos de Túpac Inca Yupanqui (o sus influjos)-, el bolsón haya estado desolado, y que de hecho no haya habido un *encuentro*. El *modo de vida comunitario agrocentrico* trazado a partir del Primer Milenio se inscribe con fuerza en el paisaje; a expansión incaica valiéndose de las expresiones materiales existentes -sobre todo la arquitectura de reducción- lleva adelante una economía que, cuanto menos en lo agrario, se orienta según las formas locales. Resistió la comunidad local en el eje social de su producción? ¿O los recién llegados, ante una tierra vacía, sólo reutilizaron las arquitecturas productivas que fueron hallando? En este caso, cabe también pensar en la implantación por el estado de colonias de grupos con modos de vida y tradiciones similares. Como de a lugar, ¿a qué llegaron los incas a Laguna Blanca? ¿Se trataba sólo de un territorio de paso y de aprovisionamiento en su expansión hacia el sur? ¿O hubo, en cambio, un interés específico en términos de la extracción de prestaciones en trabajo (*mita*) a una comunidad local, un espacio para el pastoreo de las llamas que acompañarían al ejército, un enclave de producción agrícola-ganadera, la facilidad para el manejo de vicuñas? En efecto, la región cuenta con recursos que podrían haber sido de interés a la economía del estado inca. Fuentes de extracción de sal (Salinas Grandes y Salina Corralito) que podrían gravitarse en el intercambio con otras regiones; multitudinarias tropas de vicuñas de las que pudieron obtener la lana para hacer la ropa que vestían los sectores privilegiados de la sociedad; extensas vegas que podrían haber provisto de alimento a cuantiosas recuas de llamas; cursos de agua

* In. I. P. – U.N.Ca. dddelfino@yahoo.com.ar

** In. I. P. – U.N.Ca. mgustavopisani@yahoo.com.ar

¹ “Al considerar la estabilidad longitudinal del uso del ambiente y sus recursos, la modelación de un paisaje social a través de más de 2.000 años y las configuraciones sociales expresadas en un espacio arquitectónico

particular, pensamos en la plausibilidad de recurrir a una noción que denominamos *Modo de Vida Comunitario Agrocentrico*. Conjugando la categoría de *Modo de Vida* de Vargas Arenas (1985:7), entendida como una respuesta social a las condiciones objetivas de un ambiente determinado, con una dimensión histórica y estructural, sin necesidad que corresponda con una fase del proceso de un modo de producción, articulándolo en un nivel de organización social comunitario (y por ende, supradoméstico –*sensu* Mayer 1989). Esta instancia de organización del conjunto de unidades domésticas campesinas representaría una respuesta de organización social para las actividades productivas. Entre ellas cabría reconocer un grado de acuerdo supradoméstico en la gestión de recursos hídricos escasos, o también en la explotación –a través del chaku- de recursos faunísticos estratégicos, entre otros. La visión propuesta por Grillo (1991) sobre una perspectiva agrocentrica andina, nos permite situar nuestra atención en lo agrario (la chacra) y su organización social, pero sin que éstos sean dominantes en nuestra interpretación sobre las sociedades. Así, los aspectos productivos se estructurarían en un doble vínculo dialógico entre las personas y la naturaleza, donde las actividades estarían envueltas en un mundo vivo, que se cría y deja criarse” (Delfino *et al.*, 2009, énfasis original).

² Las historias se arraigan en la vida de los habitantes de hoy, siendo ellos y no los incas quienes *son* a esa tierra, y sobre quienes en todo caso reaccionará de algún modo el pasado que estamos discutiendo.

modificados que habrían seguido irrigando los cultivos como lo hicieron en el pasado sobre los sistemas de *melgas* y *canchones* de las antiguas aldeas; formidables espacios productivos preexistentes del cual servirse, como los correspondientes a las siete aldeas arqueológicas conformadas a partir de una modelación agraria, en la que solo una de ellas (Piedra Negra) posee 450 Ha de canchones y campos de melgas (Delfino *et al.*, 2007). Una geografía cargada de recursos naturales para pueblos que supieron domesticar el frío y la altura.

Preguntados sobre los indicios de manifestaciones de una intervención directa en las relaciones domésticas de producción de la comunidad local, responderíamos ¿Hasta dónde, pues, la modelación arquitectónica del paisaje en clave de “rasgos imperiales” (tambos, santuarios, arquitectura doméstica) es indicativa de este control? y, de ser así, ¿sobre qué se lo dirigía? Si lo pensamos desde un “proyecto imperial”, quizá lo más acertado sea remitirnos a un *orden del mundo* al que se debían subsumir la nueva tierra y sus pueblos. En este sentido, más allá de los intereses del estado que pujaban su avance, que por otro lado permanecen sin determinar -¿fuerza de trabajo, prestigio, recursos, etc.?-, el avance en sí debería de haber revestido el carácter de una *expansión*, es decir, de un *avanzar e integrar*. Ahora bien, ¿cuál habría sido el modo de darse de esta integración? Una respuesta podría ser la de *ordenar* la nueva tierra y sus pueblos en un *orden del mundo*, esto es, incorporar lo nuevo a una estructura en la que se contienen sin distinción lo temporal, lo espacial, lo político, lo económico, lo religioso, lo artístico, etc. Se trataría, pues, de crear el mundo: “*Crear el mundo es, en verdad, darle sentido. El mundo no existe mientras sea puro caos. En este caso, o sea antes de ser creado, es un cúmulo de fuerzas que carece de orden. Recién cuando el dios marcha sobre el mundo, éste es creado, porque adquiere sentido y, ante todo, un significado y una utilidad humanos*” (Kusch 1986:37, énfasis original). La marcha del Inca sobre el mundo -análoga a la marcha de *Tunupa*- implicaría, en hipótesis y a los ojos de los *quechuas*, su creación; se trataría de conciliar la pureza de *Viracocha* con aquello sumido en el “*hervidero espantoso*” (*Ibid.*:38). Las vicuñas pasarían a ser *intip llaman*, vedadas a sus antiguos cazadores; el Nevado, quizá una *wak'a* local, sería arrancado de su “caos” al afirmar a la vez su parentesco con las deidades incas -*Viracocha, Inti, Quilla, Illapa*, etc.- y su sumisión a ellas; la comunidad, pasaría a formar parte de los circuitos de reciprocidad y redistribución del *Tawantinsuyu* al entregar su *mita* (Murra 1999); el *kuraka* -tal vez poseedor de un *muyu*, símbolo de su relación de proximidad con el Inca-, cuidaría de que este orden no sea contravenido por la comunidad, mientras ésta a su interior cuidaría de ella misma, conservando y recreando *su mundo* -pues ella tenía ya su orden de las cosas-. Volviendo entonces a la pregunta por la arquitectura inca y su modelación del paisaje, encontramos que quizá no se trataría en sí de modelar el paisaje, sino que esta modelación resultaría del *recrear un orden de las cosas y de los seres*. Y aquí, “paisaje” es un concepto que no alcanza a mostrar las raíces profundas de la reactuación cosmovisional y cede lugar al concepto de *mundo*. Erigir un santuario o adoratorio en la cumbre del Nevado, cobraría sentido como afirmación del vínculo de pertenencia y sumisión del *apu* local a los dioses del Cuzco -¿vinculación consagrada al incorporar el hito a la red de *ceques* con epicentro en el *Coricancha*?- y a la vez, como un hacer presente el nuevo orden a la comunidad local. Así como su *wak'a* se debía a los dioses del Cuzco, ellos se debían al Inca. Asimismo, las actividades que tenían lugar en el santuario debieron de *ser en situación* con demarcaciones del tiempo. El mismo orden del tiempo se recrearía en las observancias ceremoniales del imperio, se fijaría, quedaría marcado, por medio de ellas; mientras que al interior de la comunidad, las prácticas que hacían a la vida cotidiana quizá continuarían observándose según su propio tiempo, aferrándose a sus propias tradiciones y ceremonias, en secreta rebelión contra el mundo de los incas. Por otro lado, y yendo más allá de la escala doméstica, es posible que se hayan visto afectadas las relaciones de la comunidad para con otras comunidades de los alrededores, y con ello las actividades que tenían lugar en tales relaciones, sobretodo quizá el intercambio. ¿Habría sido el intercambio objeto de regulación estatal? ¿O fue una libertad permitida a los conquistados? A este respecto, cabe señalar que al apropiarse de los excedentes comunales y de la fuerza de trabajo de los *ayllus*, el estado quizá no dejaba mucho margen para este tipo de actividades. Habría que pensar, por otro lado, la circulación de bienes como un medio para reforzar la política redistributiva, y con ello, la promoción de relaciones de dependencia que aten la comunidad al nuevo régimen. Después de todo, si se trataba de comunidades autosuficientes, se debía buscar ahora que encuentren su suficiencia en su relación con el estado.

A partir de ahora ya es tiempo de presentar el conjunto de evidencias locales, algunas de las cuales ya han sido comunicadas (Delfino 1999) habiendo sido relevadas incluso cuando comenzamos a trabajar a principios de los '90 en esta porción de la Puna catamarqueña, otras en cambio, se presentan por primera vez en esta oportunidad, siendo su articulación la excusa para tratar de entender el peso de los influjos en tiempos del incario³.

³ No podemos dejar de señalar que este trabajo deviene de un proceso compilativo que desde luego no ha concluido pero en cuya metodología confiamos y que, afirmándolo nos distanciamos de otras aproximaciones selectivas donde la visión se estrecha al apuntar casi con exclusividad sobre santuarios de altura, fuentes etnohistóricas, caminos o ciertos rasgos particulares tomados como depositarios de características identitarias “insitas” (arquitectura, cerámica, etc.).

Breve reseña de sitios y otros artefactos

En la región de Laguna Blanca (Departamento Belén, Provincia de Catamarca), hemos identificado hasta el momento los siguientes sitios de filiación inca o bien con indicios de su presencia: Caranchi Tambo; dentro de la Aldea Piedra Negra, Festejo de los Indios, Pin 32, Pin 46, Pin 47, Pin 52, Pin 65, Pin 66, Pin 115 y Pin 121; Instalaciones de Altura 1 y 2; Corral Blanco; Peñas Blancas y tumbas aisladas (ver mapa de la Fig.1).

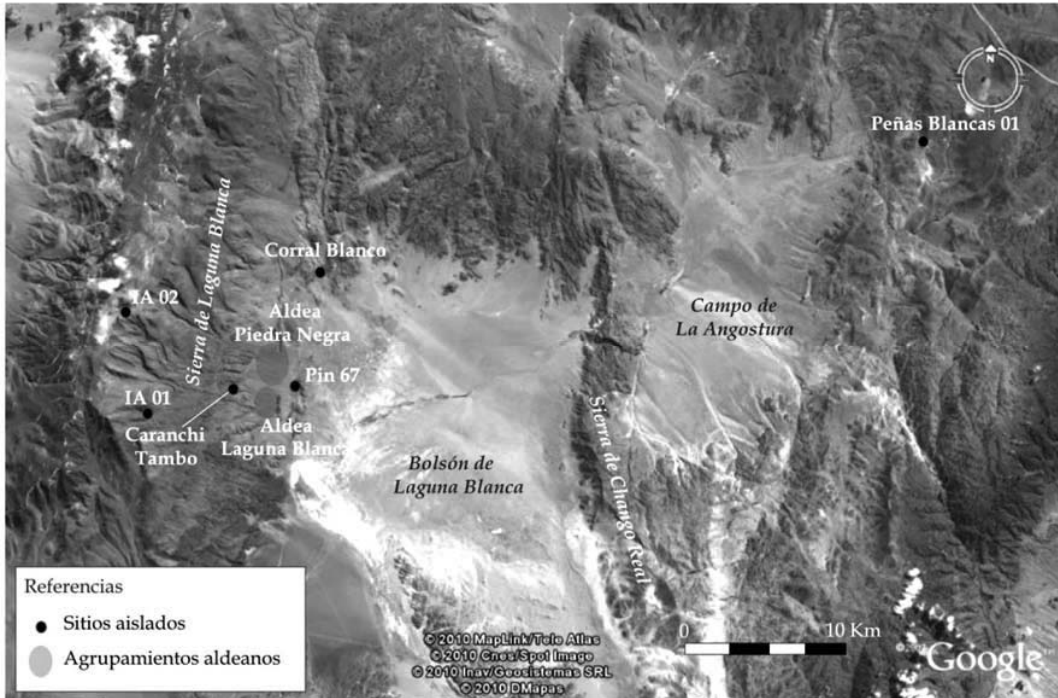
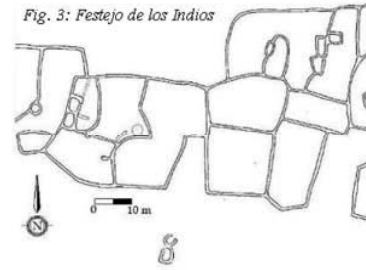
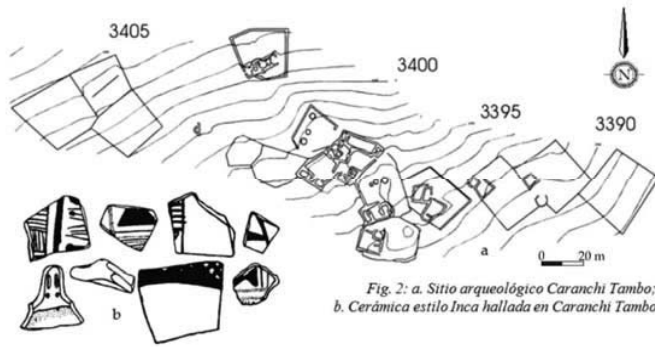


Fig. 1: Mapa de la región de Laguna Blanca indicando la ubicación de los sitios en mención

Caranchi Tambo

Este sitio, interpretado como un *tambo* (Delfino 1999), se localiza en el piedemonte oriental de la Sierra de Laguna Blanca a una altitud de 3.400 m.s.n.m. El asentamiento consta de un núcleo central, un RPC conformado por varios recintos entre los que se destaca una estructura que podr a interpretarse como una pequeña *kallanka*. A pocos metros al Norte de la anterior, una unidad residencial ad sada a un patio, y al Sur, otras cuatro unidades residenciales. El conjunto de las estructuras arquitectónicas e tá formado por recintos de diseño cuadrangular de *pirca* de aparejo doble. Es de destacar un conjunto de estru turas de almacenaje de planta circular agrupables bajo dos modalidades diferentes: a) dos series de tres *colcas* d spuestas en medio de espacios comunes, y b) en las esquinas de los recintos cuadrangulares (totalizando nueve u idades). En cuanto al material artefactual, se han encontrado en superficie tiestos de estilo Inca (véase Fig. 2b), ntre los que se identificaron fragmentos de arribalos o aribaloides, fragmentos de platos patos y un pie de com otera, todos ellos de cocción oxidante y muchos con inclusiones blancas en su pasta (Cf. Cremonte 1988; Lor ndi *et al.* 1991). También se encontró cerámica del estilo Belén III. Entre los artefactos líticos, se recolectar n puntas de proyectil pedunculadas de tamaño medio y limbo triangular, raederas, lascas de retoque marginal, etc., confeccionados en andesita, basalto, cuarzo y obsidiana. Se practicaron dos sondeos de exploraci n en el sitio, en uno de los cuales se tomó una muestra de carbón vegetal en una estructura de combustión para ealizar un fechado 14C (LP-788), que arrojó una edad de 560 ± 60 A.P -cal. 1sig. 1397 - 1444 AD-.



Festejo de los Indios (3.380 m.s.n.m)

Se trata de una serie de estructuras residenciales de planta de diseño rectangular que se asientan por sobre manifestaciones arquitectónicas más tempranas (de diseño circular y subcircular) como son las de la Aldea Piedra Negra, aldea cuya antigüedad se extiende como mínimo al siglo VI d.C., en asociación con la alfarería cuyas expresiones se conocen como Ciénaga, Condorhuasi y Candelaria. Se practicó un sondeo exploratorio en el sitio, del que se recuperaron tiestos vinculados a la ocupación incaica, incluidos fragmentos que recuerdan las manifestaciones estilísticas del Yokavil Policromo (Delfino 1999).

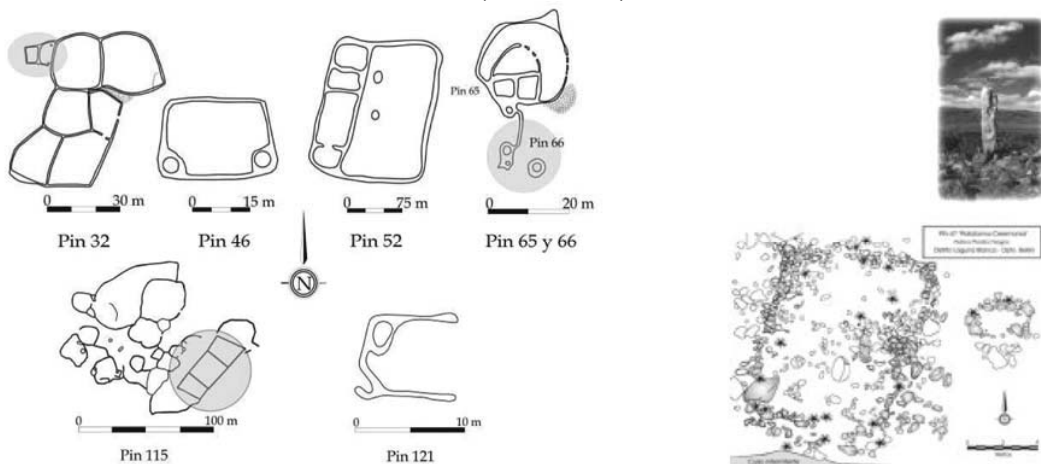


Fig. 4: Vistas en planta de los sitios incas Pin 46, 52 y 121, y de las secciones incas de los sitios Pin 32, 66 y 115, y fotografía del monolito y planta del sitio Pin 47.

Pin 32, Pin 46, Pin 47, Pin 52, Pin 65, Pin 66, Pin 115 y Pin 121

Los sitios Piedra Negra 32, 65, 66 y el 52 fueron interpretados como bases residenciales, el 115 como un conjunto que comprendería una base residencial, un puesto y canchones de cultivo, y como puestos el 121 y el 46 como un canchón de cultivo con dos pequeños recintos en sus esquinas internas, mientras el 47 como una plataforma ceremonial (ver Fig. 4). Todos estos sitios se hallan en medio de las construcciones de la aldea formativa Piedra Negra. En cuanto a los artefactos colectados en superficie, la lista incluye instrumentos de molienda, puntas de proyectil, raederas, raspadores, cuchillos, en andesita, basalto, cuarzo, obsidiana y pizarra. Gran cantidad de tiestos que se corresponderían con las cerámicas Inca, Famabalasto N/S y Yokavil Policromo, así como también fragmentos de cerámica sin decoración. En el caso particular de Pin 47, cabe destacar la presencia de un monolito de pegmatita que habría estado erigido sobre la plataforma ceremonial (Delfino 1999).

Instalaciones de Altura

El conjunto de estructuras que forman la instalación de altura IA 01 emplazadas a 4.776 m.s.n.m. (véase Fig. 5a), fue resuelta mediante muro doble; se distinguen tres recintos de planta rectangular, un patio y siete estructuras de almacenamiento (*collcas*). De uno de los sondeos, en lo que fuera interpretado como un fogón se obtuvo carbón con el que se realizó un fechado 14C (LP-1479) que arrojó una edad de 420 ± 60 A.P. -cal. 1sig. 1435 - 1616

AD-. En cuanto a las *collcas* mencionadas, es dable suponer un uso complementario con las de Caranchi Tambo, dada las diferencias altitudinales –unos 1500 metros por encima- habría posibilitado conservar los productos almacenados a una temperatura inferior en 5°C (Delfino 1999). La segunda instalación de altura (IA 02), interpretada como un santuario o adoratorio, se localiza en la cumbre del Nevado de Laguna Blanca, a 6.032 m.s.n.m.; consiste en una plataforma rectangular de piedra de unos 0,50 m de alto, al que se adosa un recinto subcircular abierto hacia el Sur, en cuya superficie se encontró cierta cantidad de leña (ver Fig. 5b y c). En los alrededores de la plataforma se observó la presencia de estructuras circulares, y se halló una pala de madera con huellas de haber sido expuesta al fuego (Fig. 5d).

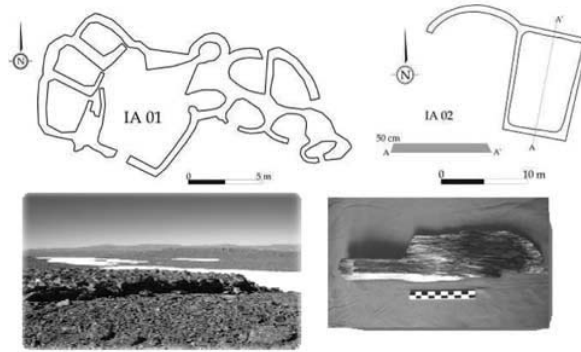


Fig. 5: (a) Planos de las instalaciones de altura IA-0 y (b) de IA-02 (c) Fotografía de la plataforma ceremonial de IA-02 y del fragmento de pala de madera hallado en IA-02 -longitud total de la escala: 10 cm- (d).

Peñas Blancas 01 (4.150 m.s.n.m.)

Se trata de un sitio compuesto mediante una serie de estructuras de aparente construcción incaica que siguieron siendo utilizadas hasta la actualidad; presenta una estructura circular que podría ser interpretada como un depósito (*collca*), próxima a un sector de molienda (Delfino 1995). Es de señalar el diseño cuadrangular de las estructuras de residencia, así como también la técnica de construcción en muros de aparejo doble en todas las estructuras. Entre el material cerámico recuperado en las recolecciones superficiales de hallaron tiestos de filiación inca, varios otros asignables a las entidades Santamariana y Belén.

Otras evidencias

Otras evidencias la constituyen fragmentos de cerámica Inca proveniente de una tumba que re-excavamos dado que ya había sido huaqueada (Pin 67); o la pieza N° 6.523 de la “Colección Weiser” (plato con apéndice zoomorfo y pintado en su parte interior) que podría ser asignada a la alfarería inca. De igual manera mencionamos los indicios de una posible vía de comunicación que bien podría haber sido empleada en tiempos incaicos; una conexión con el Sur subiendo por Quebrada Honda (lugar de donde provienen dos valvas de *Argopecten purpuratus* -“*muyu*”-) y a mitad de camino, antes de alcanzar el abra que se encuentra por encima de los 4.000 m.s.n.m., la senda se reúne con otra porción de sendero que comunica con Salinas Grandes y Salina Corralito, desde aquí el camino presenta algunos tramos calzados con piedras, llegándose a distinguir incluso algunos escalones; a partir del abra comienza el descenso a Vicuña Pampa por otra senda que acompaña el curso del Río Cachiñán -“camino de la sal”- (Delfino 1999).

Palabras finales

Más allá de lo tentador de elucubrar sobre posibles vías de comunicación regional, su diseño especulativo no contribuye a lo central de la propuesta, la discusión de lo inca mantiene legitimidad, independientemente de por dónde llegaron o se marcharon. En todo caso los caminos vuelven a adquirir importancia en tanto pueden ayudar a subrayar también los reordenamientos cosmogónicos.

En este sentido, el conjunto de evidencias presentadas nos lleva a pensar que para tiempos del incario varios grupos domésticos asentados en las bases residenciales Festejo de los Indios y PIN 32, 65, 66, 52 y 115 habrían decidido ocupar la parte baja de los piedemontes formados por la coalescencia de los conos de deyección donde se ubica también la aldea del 1° milenio, Piedra Negra. Estos grupos humanos cuyos conjuntos cerámicos dan cuenta de filiaciones con grupos de los valles de Santa María y Hualfín, habrían elegido aprovechar el sistema agrícola preexistente de terrenos preparados para el cultivo (campos de melgas y canchones), y las necesarias redes de riego desprovistas de cualquier tipo de indicios que pudieran denotar centralización (Díaz 2009). Es

dable suponer que al menos parte de lo producido tuvo por destino los distintos tipos de estructuras de almacenaje descritas (v.g. Caranchi Tambo y IA 01). Esta posible tributación habría adquirido ribetes destacables a juzgar por los datos presentados por Williams (2000): mientras el asentamiento de Caranchi Tambo se reduce a solo dos Has. de superficie, sus estructuras de almacenaje tendrían una capacidad de contención de 36 m³, es decir que duplica la capacidad de almacenamiento de Watungasta, un sitio de 15,6 Has. de superficie; si sumamos las otras siete estructuras de IA 01 (una instalación de escasos 200 m² de superficie), el volumen almacenable en los sitios presentados se acercan por ejemplo a Potrero-Chaquiago, un sitio cuya superficie es de 43 Has. Dada la relación superficie de ocupación/volumen de almacenamiento parece pertinente señalar que nos encontramos ante un caso que supera a los citados precedentemente (*op. cit.*)⁴.

El valor de lo planteado no reside desde luego en la capacidad productiva de Laguna Blanca, estos son detalles para una discusión pre-existente (Delfino 2005). En todo caso, junto a la discusión sobre el tipo particular de relación con las poblaciones locales, entra en cuestión la relación de los incas, o quienes los representaban, con la capacidad tecnológica y productiva del lugar, manteniendo la orientación local de la producción agrícola, sostenida por la materialidad de las estructuras ya existentes que posibilitaban el cultivo.

Bibliografía

- Cremonte, M. B. 1988. Cerámicas con inclusiones blancas: un aporte a los estudios de producción y distribución. En: *IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Buenos Aires.
- Delfino, D. D. 1995. *Informe Final del Proyecto "Relevamiento y Estudio Etnoarqueológico de Patrones de Asentamiento Tradicionales. Implicancias Actuales (Distrito de Laguna Blanca, Dpto. Belén, Catamarca)*. Secretaría de Ciencia y Tecnología. Dirección General de Proyectos de Investigación. UNCa. Catamarca.
- Delfino, D. D. 1999. Prospecciones en los '90: Nuevas evidencias para repensar la arqueología de Laguna Blanca (Dpto. Belén, Catamarca). En: *Revista de Ciencia y Técnica* 7, pp. 55-80, Secretaría de Ciencia y Tecnología, Universidad Nacional de Catamarca.
- Delfino, D. D. 2005. Entre la dispersión y la periferia. Sentido de presencias. Lagunización de La Aguada. En: *La Cultura de la Aguada y sus Expresiones Regionales*. Pp. 263-291. Secretaría de Ciencia y Tecnología. Universidad Nacional de la Rioja. EUDELAR. La Rioja
- Delfino, D. D.; Valeria E. Espiro y R. Alejandro Díaz .2007. Excentricidad de las periferias: la región puneña de Laguna Blanca y las relaciones económicas con los valles mesotermiales durante el primer milenio d.C. En: *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino*. Pp. 167-191. Compilado por A. E. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli. Editorial Brujas.
- Delfino, D. D., Espiro Elsesser, V. E. y R. A. Díaz. 2009. Modos de vida situados: El formativo en Laguna Blanca. En: *Revista Andes. Antropología e Historia*". Número 20. Pp. 111-134. CEPIHA.
- Díaz, R. A. 2009. *Historias de tierra y agua: Introducción a los espacios agrícolas prehispánicos de Laguna Blanca. El caso de estudio de la Aldea Arqueológica Piedra Negra (Dpto. Belén, Provincia de Catamarca)*. Tesis inédita para optar por el grado de Licenciado en Arqueología. Escuela de Arqueología. Universidad Nacional de Catamarca.
- Kusch, R. 1986 [1962]. *América Profunda*. Editorial Bonum, Buenos Aires.
- Lorandi, A. M., M. B. Cremonte y V. Williams. 1991. Identificación étnica de los mitmakunas instalados en el establecimiento incaico Potrero-Chaquiago. En: *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Tomo II. Pp. 195-200. Santiago de Chile.
- Murra, J. V. 1999 [1955]. *La organización económica del Estado Inca*. Siglo Veintiuno Editores, México D.F.
- Williams, V. 2000. El imperio Inka en la provincia de Catamarca. En: *Intersecciones en Antropología*. Facultad de Ciencias Sociales – UNCPBA. Año 1, N° 1. Pp. 55-78.

⁴ A la fecha nos resta prospectar y relevar cinco de las siete aldeas que discurren sobre el piedemonte oriental del Nevado de Laguna Blanca; ello hace presumir que en un futuro podrán hallarse bases residenciales asignables al incario, las cuales deberemos poner en cuestión también sobre el destino de los aportes a una centralización del almacenaje como quedara planteado.